

JAVIER MENÉNDEZ LLAMAZARES

El método Coué



«UN LIBRO REDONDO, CUYO RITMO Y GARRA ATRAPAN AL
LECTOR DESDE EL PRINCIPIO» (ANTONIO COLINAS)



Javier Menéndez Llamazares

El método Coué



Primera edición: mayo de 2009

© Javier Menéndez Llamazares, 2009
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2009
c/ Alberto Aguilera, 8 - 28015 Madrid

www.funambulista.net

www.elmetodocoue.com

www.javiermenendezllamazares.es

ISBN: 978-84-96601-67-3

Dep. Legal:

Motivo de la cubierta: Manuel Llamazares y su prometida;
fotografía tomada en 1944 en el estudio Artifo, Berlín
(Archivo familiar del autor)

Fotografía del autor: Juan José Cacho, www.cachuco.com

Impresión y producción gráfica: Apel Gráficas

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

ADVERTENCIA AL LECTOR

El protagonista de esta novela, Manuel Llamazares, existió realmente, y vivió muchas de las aventuras que en ella se le atribuyen. No obstante, es posible que algunos de los hechos referidos no ocurrieran exactamente como aquí se narran, al tratarse de la recreación artística de una antigua historia familiar, cuya transmisión oral a lo largo de seis décadas sin duda añadió muchos elementos *legendarios* al relato. A pesar de inspirarse en hechos verídicos es una obra de ficción y, si bien he intentado respetar la ambientación de la época, muchos datos históricos han sido voluntariamente alterados. Asimismo, los demás personajes y circunstancias de la novela, aunque puedan presentar muchas semejanzas con personas y sucesos reales, son también recreaciones literarias.

I

EL IMPERIO EN LLAMAS

LA TARDE EN WERNEUCHEN era tan apacible que ni siquiera parecía que Europa estuviera en guerra. Tan sólo unas horas antes los aviones norteamericanos habían hecho saltar por los aires cuatro manzanas enteras del centro de Berlín, y en cuanto anoheciera los bombarderos de la RAF arrasarían otro barrio residencial, como cada noche. Pero desde el aeródromo de la Escuela de Pilotos de Caza no se veían las llamas que asolaban la gran ciudad, y las distantes columnas de humo parecían tranquilas chimeneas de los lejanos tiempos de paz.

Inexplicablemente, el aeródromo de Werneuchen había sido respetado por los bombardeos. Importaba poco que se debiera a sus férreas defensas antiaéreas —disponía de una docena de unidades de FLAK, unos lanzamisiles móviles de gran eficacia— o a la estrategia aliada de dirigir sus ataques a la población, en lugar de hacia objetivos militares, con la intención de forzar la oposición popular contra el gobierno nazi; el hecho era que aquellas pistas se encontraban en condiciones idóneas, y seguían siendo utilizadas por los Junkers-52 que la Legación Española de Berlín utilizaba como única conexión

directa con la Península, los mismos aviones de enlace que durante año y medio había pilotado Manuel Llamazares, y que ahora servían como simple valija diplomática. En esta ocasión, la valija transportaría algo más.

Jacinto Alemany aparcó su Opel Kapitän junto a la enfermería de la base. Aún llevaba en la mano el carné diplomático que le había franqueado el paso, y al que se aferraba desde hacía meses como un náufrago a su tabla. Con la ayuda del doctor Legner sacó del coche a un joven que apenas podía mantenerse en pie. Enseguida fue instalado en una camilla, y una manta ocultó su uniforme de teniente de la Luftwaffe. A diferencia de los edificios de la capital, en los pabellones de Werneuchen las ventanas aún tenían cristales, aunque apenas contaban con medicamentos o material sanitario. El débil sol de noviembre ya decaía, y el viento del Este anunciaba nieve. Pero nada de esto importaba al joven piloto, que a duras penas se mantenía consciente.

—Usted, ¿qué opina, Legner? ¿Resistirá el viaje? —quiso saber Alemany, que había sacado una botella de coñac de su abrigo y hacía gala de generosidad hispánica invitando a los soldados del puesto de socorro.

—¡Maldita sea! ¿Cómo quiere que lo sepa? Lo único seguro —se revolvía el doctor Legner, que en realidad era veterinario— es que, si permanece aquí, morirá sin remedio: la infección le va a deshacer por dentro; naturalmente, siempre que antes no le alcance una bomba.

—¿Han probado ya en *La Charité*? —intervino el alférez Ganuza, encargado de tripular el Junkers hasta España, que acababa de unirse al grupo—. Es el hospital que corresponde a los divisionarios.

—Te puedo dar dos malas noticias, Ganuza. La primera es que el Hospital de Sangre ya no es más que un montón de escombros. La segunda, que ya no existen divisionarios. Los voluntarios españoles se retiraron oficialmente en junio —puntualizó innecesariamente

Alemaný, pues el mismo Ganuza había visto cómo su propio destino cambiaba tras los acuerdos del 22 de mayo, abandonando la disciplina del ejército alemán para figurar como personal diplomático—. Además, lo que Llamazares necesita es penicilina, y eso no hay modo de encontrarlo ya en Berlín.

Acomodar al joven convaleciente en el Junkers sería complicado; el JU-52 era en realidad un avión de carga que, con las restricciones de combustible, resultó ser el más adecuado para transportar la valija diplomática, por su bajo consumo. Sus casi dos metros de altura eran difíciles de encajar en los asientos plegables que se utilizaban para el pasaje. El alférez señaló hacia la bodega, donde se había habilitado una especie de litera, en la que un arnés permitía sujetar a los enfermos que no podían viajar en los asientos; los pilotos lo llamaban «el nicho».

Manuel Llamazares conocía bien aquel avión; en él había cruzado el Este de Europa cientos de veces, enlazando el Estado Mayor de Berlín con la División Azul y la Escuadrilla Azul. A los dos frentes llevaba órdenes, correspondencia y avituallamiento; también repuestos y cuanto pudiera ser necesario en primera línea de combate. De regreso a Berlín traía correo, algún herido y parte del estado de ánimo de la tropa, que poco a poco iba decayendo ante el avance soviético. Pero en esta ocasión no estaría él a los mandos; incluso mantener los ojos abiertos le suponía un esfuerzo inaudito.

—Ganuza, tendrás que desviarte de tu ruta: este *paquete* hay que entregarlo en el aeródromo de León —dijo Alemaný, señalando a Manuel Llamazares. Habían instalado la camilla en el nicho, y le habían sujetado con el arnés.

—Esto es muy irregular, Señor Agregado —protestó el alférez—; nadie me dijo nada en la Legación.

—¿Con cuánto arreglamos esto? —preguntó Alemaný, abriendo una gastada maleta de piel que habría de viajar con Llamazares—. ¿Dos mil marcos? ¿Tres mil?

Alemaný le arrojó tres fajos de *Reichsmark*.

—Como si me da un millón, Agregado. Esas estampitas no valen ya nada —repuso el alferez, devolviéndole el dinero, que Alemaný volvió a guardar en la maleta.

¿Qué podía ofrecer a aquel piloto, si era él mismo quien transportaba el café y el licor con el que los diplomáticos españoles doblegaban las voluntades alemanas? En realidad, poco tendría que ofrecer un estraperlista de medio pelo a quien tiene la llave del contrabando. «Si los rufianes no tienen argumentos, ¿a qué puede apelar un hombre honesto?», se decía Alemaný.

—Ganuza, muchacho, piensa que mañana puedes ser tú el que tenga que volver hecho un pelele. Además, es un camarada, tu compañero; cuando tú bajas del avión, él sube. Seguro que en muchas ocasiones ha tenido que ocupar tu lugar, y no creo que haya puesto ningún problema.

—Ya, señor, pero las órdenes... Con todo respeto, me pide usted que me juegue el pescuezo.

—Ganuza, Llamazares tiene cuarenta de fiebre, y una infección que lo está pudriendo por dentro; o hacemos algo, o se nos a va fundir entre las manos. ¿Y me vas a venir ahora con la superioridad y esas vainas? ¿Es que no tienes sangre en las venas, que ves agonizar a un hombre y no te inmutas?

En realidad, pocos, en Berlín o en el frente, podían permitirse el lujo de la conmisericordia, pues la muerte era moneda de cambio desde hacía ya años, y el horror inicial había acabado por dar paso a la indiferencia, como un mecanismo de defensa que permitiera mantener la cordura en aquella situación desesperada. Pero la muerte en general no es lo mismo que una muerte concreta, y menos la de alguien que sabe tu nombre, y al que puedes ver los ojos.

El alferez sacó del bolsillo un pañuelo, para secarse un sudor inexistente, y se quedó en silencio unos instantes, observando el bordado de aquel trozo de tela. MG, Miguel Ganuza. Y, al lado, una

torre y un nogal. ¿Sería cierto lo que acababa de oír, que no tenía sangre en las venas? Tan sólo tenía veintitrés años, pero su infancia en Navarra se le antojaba ya muy lejana. Entonces se extrañaba de que su sangre no fuera azul, pues algún día heredaría el título de Barón de Ganuza. Había crecido entre libros con pastas de pergamino, en un pueblo con casas de piedra y blasones en las fachadas. Enamorado de la música, se había mudado a Berlín para convertirse en un gran intérprete de flauta. Luego llegaría el alistamiento forzoso, la intercesión familiar para lograr un buen destino, los cursos de pilotaje; nada que él hubiera decidido. Desde entonces había intentado ser un buen soldado, cumplir con su cometido y, sobre todo, no pensar en ello. A cambio, había sido incapaz de volver a tocar su instrumento; lo colocaba bajo sus labios, pero, al soplar, parecía que le faltaba el aliento, y no conseguía emitir ningún sonido. También su carácter había cambiado; se mostraba seco y cortante, y hablaba lo menos posible.

Miguel Ganuza volvió a pasarse el pañuelo por la frente, para enjugar nuevas gotas imaginarias. ¿Qué le importaba a él esa guerra? ¿Qué le importaban las ordenanzas, si estaba en juego la vida de un ser humano?

Finalmente, el alférez cedió. A fin de cuentas, no sería la primera vez que llevaba pasajeros ocultos en la bodega: hacía meses que, a instancias del agregado Ruiz Santaella, estaba transportando clandestinamente a sefarditas, y a judíos con falso pasaporte español, hacia territorio seguro.

Alemany entregó a Ganuza una carpeta llena de documentos; se trataba del salvoconducto del joven piloto y una carta para el comandante de la Escuela de Aviación, además de los visados para cruzar el territorio aliado y los bonos de combustible, pues era necesario repostar dos veces, en Gante y en Burdeos. Tras la retirada de los españoles, la guerra se había complicado para los alemanes; ya no se trataba de ganar, sino de resistir a cualquier precio. Y el segundo fren-

te, en Occidente, había desgarrado la Europa nazi como unas tijeras rasgan el papel: París había sido liberado en agosto, dejando aislada a España de la órbita alemana. El retomado estatuto de neutralidad y los acuerdos con británicos y norteamericanos permitían aún el paso, pero siempre es peligroso sobrevolar un campo de combate: apenas hacía dos semanas que uno de los aviones-correo españoles había sido derribado sobre Francia; aquellos pilotos transportaban la prensa internacional, por lo que para ellos no era un secreto que muchos republicanos habían combatido con la resistencia, y que al tomar París habían escrito sobre sus tanques los nombres de batallas de la Guerra de España. En las páginas de *Paris-Soir* había aparecido la foto de un carro de combate con la leyenda «Durruti», que los españoles trataron de ignorar como si nadie la hubiera visto.

El doctor Legner y Alemany se acercaron al «nicho», donde Manuel parecía dormido. Estaba pálido, él, que tenía el rostro moreno incluso en lo más crudo del invierno. El agregado le ató la maleta de piel a la camilla. Luego sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta, cogió varias condecoraciones y se las prendió en la guerrera.

—Manuel, ¿puedes oírme? —preguntó el doctor, mientras le colgaba al cuello una bolsita en la que había escrito: «*Medizin*»—; atiende, es importante: sólo tienes nueve dosis de penicilina, y debes ingerir una pastilla cada ocho horas. En cuanto tomes tierra comunícaselo al cuerpo médico.

El joven convaleciente trató de incorporarse, pero el arnés de seguridad se lo impidió. Con un hilo de voz, se dirigió al veterinario:

—Legner, no se preocupe tanto por esos virus. ¿Qué daño pueden hacerme unos bichos tan pequeños, si ni siquiera pueden verse?

El doctor anotó en una cuartilla la dosis requerida, en alemán y en francés, y con cinta de embalar la fijó en la guerrera del joven. Inmediatamente, Alemany le pidió la pluma, y escribió encima la traducción al castellano.

—¿Adónde piensa que va, Legner? En la nueva España no se habla más lengua que la del Imperio —ironizó el agregado, devolviendo la pluma al doctor, que sufría visiblemente al ver aquella pieza maestra en manos ajenas.

—Hermosa pluma; de factura inglesa, supongo.

—Señor Alemany, en el Reich hace tiempo que nadie tiene pluma; tales vicios sólo los toleran los pueblos decadentes, que piensan que con sus estilográficas Montblanc o Parker pueden acallar nuestros máuseres y nuestros cañones.

—¡Brindemos por ello, camaradas! —propuso el agregado, sacando del fondo del abrigo una nueva botella de coñac.

—¿Por la libertad de expresión? —intervino, sorprendido, el alférez Ganuza.

—No, joven; siempre hay que brindar por las cosas que nos hacen felices. Brindemos por los maestros: por Falla, por Benavente, por Romero de Torres y por Belmonte; brindemos por las mujeres que nos esperan, en alguna parte.

—Yo, con su permiso, voy a brindar por Rosita Serrano, por las plumas que vestía cuando cantaba *La Paloma*. Y, sobre todo, por las que no vestían las coristas —sentenció el doctor, dando buena cuenta de su ración de coñac; cada vez que recordaba los tiempos de paz pensaba en aquella hermosa muchacha chilena, y en las bailarinas que la acompañaban sobre el escenario.

—Señores, es muy grata su compañía, pero quizá a este joven le estén esperando en casa —cortó el alférez. La partida era inminente.

El doctor Legner se despidió de Manuel Llamazares, que se limitaba a asentir con la cabeza ante sus recomendaciones. Luego Jacinto Alemany, pese a no ser un hombre propenso a la efusividad, le dio un emotivo abrazo. No quería ni mirarlo, y se retiraba ya deseando buena suerte, cuando notó que el joven le había agarrado el brazo.

—Estación de Anhalter, taquilla 353 —murmuró Llamazares al oído del agregado, mientras le entregaba una pequeña llave—. ¡No lo olvides! ¡Tres, cinco, tres!

Alemaný se guardó la llave en un bolsillo y salió del avión sin mirar atrás, con el gesto desencajado. Debía de estar empezando a lloviznar, porque unas gotas de agua corrían por sus mejillas.

Junto a él caminaba el doctor Legner, con las manos en los bolsillos. Se dirigían a la comandancia, cuando el ruido del Junkers cruzando la pista hasta despegarse de la tierra les hizo quedarse unos segundos ensimismados.

—Espero que el bloqueo aliado contra España no afecte a los medicamentos —dijo Legner, como formulando un deseo.

—Ya no hay bloqueo, estamos en su bando. Y, de todos modos, con bloqueo o sin bloqueo, en España se puede comprar todo: sólo es cuestión de dinero. Si se puede comprar la voluntad de un ministro, ¿cómo no se va a poder conseguir un poco de penicilina?

II

VIEJOS CONOCIDOS

TODOS LOS VUELOS DE PASAJEROS entre Alemania y España se habían suspendido en septiembre de 1944. Los aliados controlaban ya completamente el cielo sobre Francia. Únicamente se mantenían los vuelos militares nocturnos, que se amparaban en un pretendido carácter diplomático para cruzar Europa de un modo casi clandestino. Habitualmente, el vuelo duraba unas doce horas, pues era necesario hacer, al menos, dos escalas, en las que repostar combustible y reajustar la mecánica. Desde octubre, el avance aliado había multiplicado la burocracia, y el papeleo consumía casi tanto tiempo como el propio vuelo: pese a pertenecer a un país neutral, era necesario acreditar a los tripulantes, declarar los puntos de origen y destino, entregar el inventario de la carga y conseguir que en cada control sellaran los visados. Problema aparte era el de la seguridad. El trayecto no estaba exento de riesgos: en dos meses habían sido abatidos tres aparatos. Aquella noche en la que partió Manuel Llamazares salieron de Berlín tres aviones de carga. Tan sólo uno llegaría a su destino.

Cuando Jacinto Alemany entró en la embajada, el agregado de aviación le estaba esperando.

—Tengo entendido que ha ordenado la evacuación de mi cabo —le interpeló el comandante Larrea, con mucha firmeza.

—¿Su cabo? —preguntó Alemany con indiferencia, mientras encendía un cigarrillo.

—El cabo Llamazares, mi asistente —precisó Larrea, que se ajustaba la guerrera, como pretendiendo resaltar su porte aristocrático.

—El *teniente* Llamazares precisa atención médica urgente, y en las actuales circunstancias no resulta aconsejable que permanezca en Berlín.

—Con todos los respetos, Alemany: como agregado aéreo, me correspondía a mí tomar esa decisión. A fin de cuentas, yo soy el responsable de los hombres bajo mi mando.

—Déjese de cháchara, comandante. Si un español agoniza en tierra extraña, es asunto de todos auxiliarle, y no perderse en el laberinto del protocolo.

—¿Auxiliarle? ¿Se refiere usted con eso a dejarlo en manos de un veterinario amante del coñac?

—Puedo asegurarle que no hay grandes diferencias anatómicas entre los simios y algunos humanos —cortó Alemany, clavando su mirada en la del militar—; incluso hay hombres mucho más idiotas que un gorila, y más rastreros que una víbora.

—Insisto: exijo conocer el paradero de mi asistente —bramó Larrea, que pretendía hacer valer su corpulencia y su altura, tratando de intimidar a su oponente.

—El propio embajador ha firmado la orden de repatriación —afirmó Alemany, blandiendo una carpeta. Dentro sólo había una hoja en blanco, aunque no fue necesario mostrarla, pues el comandante no llegó a dudar de su sinceridad—; de todos modos, si tiene alguna queja, puede formular una protesta por el conducto oficial.

—No, no; lo único que pido es que se me informe de lo concierne a mi tarea. No es de recibo licenciar a mi asistente sin permiso de la superioridad.

—Larrea, despierte: el teniente Llamazares no es su asistente.

—Agregado, me temo que está usted en un error —sentenció el comandante, sonriendo malévolamente—: para el Ejército Español, Llamazares es cabo. Quizá para los alemanes tenga otra graduación, pero este suelo que pisamos usted y yo es español. Y su amigo Llamazares es cabo. Un putito cabo.

Larrea se despidió con un portazo. Alemany no se inquietó demasiado; de sobra conocía ya el punto de vista de los militares sobre aquel asunto. Precisamente por eso no podía dejar a Manuel abandonado a su suerte en la Base Aérea de León. Al teniente Llamazares ya no le quedaba allí ningún aliado; sin embargo, contaba con un enemigo de peso, como mínimo: el brigada Valenzuela. Desde que Manuel consiguiera aquel espectacular ascenso, tras la hazaña del rescate en el aeródromo de Klin, el enfrentamiento entre ambos había sido tan enconado que de sus diferencias llegaron a hacerse chascarrillos y hasta romances en los campamentos de la Escuadrilla. Lamentablemente, se habían formado dos bandos: de una parte, la tropa, que apoyaba a Manuel. Por otro lado, la oficialidad, que prefería al brigada. Finalmente, la cuerda se rompió por el extremo más débil, no sin que antes Manuel hubiera de verse relegado y humillado, maltratado por una jerarquía que veía tambalearse sus privilegios ante la pujanza de jóvenes sin apellido y sin referencias, pero decididos a coger el mundo con sus propias manos.

Dado que Manuel Llamazares iba a ser tratado en España como un simple cabo, tenía pocas probabilidades de recibir la atención necesaria; en el *glorioso* ejército español, esos lujos estaban reservados para la élite dirigente. En más de una ocasión, en las interminables recepciones de la embajada, había escuchado a los oficiales y jefes bromear, afirmando que «los seres humanos comienzan de teniente para arriba». No era extraño verles discutir, acalorados, con sus uniformes de gala, presumiendo de pedigrí, de los títulos que habían comprado sus bisabuelos cuando la Hacienda de Isabel II cayó en

bancarrota; lucían su exquisita educación británica, presumían de su perfecto francés y organizaban maquiavélicas conjuras monárquicas; nada de ello ocultaba el hecho de que combatían defendiendo una bandera ajena. Por Manuel, nadie iba a mover un dedo; si las medicinas escaseaban, no iban a reservarlas para el díscolo cabo. Y si, en el mejor de los casos, le ingresaban en un hospital, igualmente habría que comprar las medicinas en el mercado negro.

Además, en León estaba el brigada Valenzuela, cuya enemistad con Manuel Llamazares era manifiesta, en especial desde que éste le salvara la vida, algo que el suboficial no le podría perdonar jamás. La mejor solución para él era reponerse en la casa de su padre. Alemany se lamentaba ahora de no haber acompañado a su amigo en aquel vuelo, pero él no tenía excusa alguna para ausentarse de Berlín. Descartados los militares, tuvo la idea de recurrir a los falangistas.

No es que el Movimiento fuera a tener una especial consideración con aquel muchacho que, años atrás, se había jugado la piel en el frente ruso. Aquellos héroes no eran, precisamente, un valor en alza. El país estaba inmerso en un radical giro de opinión, dando la espalda al bloque alemán, y reconvirtiéndose al credo aliado, que se daba ya por inevitable vencedor de la guerra. Los voluntarios de la División y de la Escuadrilla Azul ya no eran más que un mal recuerdo, un lastre que debían soltar antes de sentarse a la mesa de negociación en la que tendría lugar el reparto de Europa.

Pero aún quedaban entre los altos cargos de la Falange algunos idealistas, e incluso algunos antiguos divisionarios, que no escatimarían medios para homenajear a un nuevo héroe de la Campaña de Rusia. Manuel no necesitaba homenajes, sino cierta notoriedad que le garantizase la inmunidad frente a los militares. Si se le organizaba un recibimiento, y el traslado hasta la casa paterna, no se atreverían con él. Y es que, dado el estado de total postración del joven, ninguna precaución resultaba superflua. Había que intentarlo.

—Gobierno de León, ¡Arriba España! —contestó, con tono solemne, una voz al otro lado del teléfono.

—Le hablo de la Legación Española en Berlín; es preciso que hable inmediatamente con el gobernador —atajó Alemany, que miraba su reloj; eran más de las siete, del domingo 19 de noviembre de 1944.

—El Señor Gobernador no está disponible. ¿Quién le llama?

—Es preciso que me comunique con él; ¿cómo puedo localizarle?

—De nueve a dos, firme en su puesto, como es procedente en la nueva España. Y ahora identifíquese.

—Alemany al aparato. Verá usted, es muy importante que el gobernador sepa que mañana llegará un avión con...

—Identifíquese o tendré que cortar la comunicación.

—Soy el agregado de prensa en Berlín. Por favor, es un caso urgente, está en juego la vida de un hombre.

—¿Pero es que no hablo en cristiano? ¡Identifíquese!

—Alemany, Jacinto. Agregado de la Embajada de España en Berlín. Cédula personal B-1589634. Y ahora, ¿me va a atender de una vez?

—Oiga, un respeto... usted no sabe con quién está hablando.

—¿Quién es usted?

—Recaredo Garabaya, caballero mutilado, cruz del Mérito Individual. *Camisa vieja*, de febrero del treinta y seis, ¿eh? Y ordenanza del Excelentísimo Gobierno Civil de León, para servir a Dios y a usted.

—Recaredo, escuche...

—¿Sí?

—Váyase a la mierda, hombre.

Alemany trató de quitarse el mal sabor de boca con un trago de jerez. No pudo evitar recordar las depuraciones de 1939 entre los empleados del estado. Debido a su simpatía por la República, o incluso a su tibieza hacia el nuevo régimen, decenas de miles de

funcionarios fueron separados de la administración, quedando en su mayoría condenados a trabajos precarios y mal pagados. Y eso en el caso de que pudieran conseguir empleo. Esto produjo muchas vacantes, que fueron rellenas por un aluvión de afectos al bando nacional; ocho de cada diez plazas se reservaron para las *víctimas* de la guerra: los mutilados, los cautivos —aquellos que habían sufrido prisión en la zona republicana— y los ex-combatientes. Los méritos habituales de diligencia y capacidad de trabajo sólo contaban, pues, para un reducido número de empleados públicos que accedían a su puesto por el anticuado sistema de la oposición. Estos hubieron de cargar sobre sus espaldas no sólo con el peso de la administración, sino también con la incompetencia de sus compañeros. Como aquel conserje, de tantos humos, que acababa de frustrar las intenciones de Alemany.

Alemany encendió otro cigarrillo. No conseguía acostumbrarse al tabaco americano que le enviaban por la valija; tantos meses de bloqueo, de fumar pitillos «de consejero», que no eran más que picadura liada, habían acabado por torcerle el gusto. Cuando aspiraba aquel tabaco rubio, apenas le sabía a nada, por más que les arrancara las boquillas. Claro que los cigarrillos alemanes eran mucho peores; aunque hasta 1943 había fumado *Ramses*, o *Zinken*, el racionamiento los había convertido en miserables pitillos de apenas dos centímetros, al final de un largo filtro de cartón. En aquellos días, los cigarrillos americanos, con la boquilla anaranjada, eran un auténtico tesoro, lejos del alcance de la mayoría de los alemanes. El agregado apagó su *Duke's filter*: tenía asuntos más importantes que atender.

Si se trataba de hacer ruido, el mejor camino sería la prensa. Por más amordazada que estuviera —y Alemany era muy consciente de ello; no en vano había colaborado en la redacción de la Ley de Prensa, e incluso se había visto forzado a ejercer como censor—, seguía siendo el altavoz más eficaz para hacer circular cualquier tipo de información. Era también un buen conocedor de la red de radio-

difusión española, pues había elaborado varios informes para que Antonio Tovar diseñara *su* Radio Nacional. Alemany pidió a la telefonista que le comunicara con la emisora de León, en España.

—EAJ 63, Radio León. Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó una voz de mujer. El cambio de talante resultaba, cuando menos, alentador. La perfecta dicción y la entonación le hizo pensar que se trataba de una locutora; no era extraño que la postración en la que el país estaba sumido afectase también a las empresas privadas, en las que los empleados debían encargarse de todo tipo de tareas subalternas.

—Desearía hablar con la dirección o el responsable de informativos. Soy Jacinto Alemany, de la Jefatura de Falange en Berlín.

En realidad, tan sólo ocupaba la agregaduría de prensa de la embajada, y su pertenencia a Falange era más bien testimonial, por no decir obligada. Sin embargo, la reciente muerte de Ignacio Oyarzábal acababa de dejar vacante la plaza del Jefe de la Falange berlinesa, que significaba una especie de jerarquía paralela a la oficial, y en la que él estaba de algún modo encuadrado, de modo que, en realidad, no se trataba de una mentira, sino de una *leve* exageración de la realidad.

—Al habla Antonio Getino, subdirector de Radio León —informó al cabo de un momento una voz atildada.

Pero había llegado el momento de dejar de lado la cortesía:

—Aquí la Jefatura Nacional de Falange; le habla Jacinto Alemany. Le transmito también órdenes expresas del embajador Vidal. Mañana, alrededor de las 12 horas, llegará al aeródromo de León el teniente Llamazares. Se trata de un héroe de la Escuadrilla Azul, pero se encuentra gravemente enfermo. Es preciso que se dé a la noticia la máxima difusión, y se resalte el valor del joven piloto.

—¿Se trata de un divisionario? Porque hemos recibido indicaciones contrarias respecto a los soldados de la División Azul que se han pasado al ejército alemán.

—No, no. Ya le he dicho que era miembro de la Escuadrilla Azul.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Se trataba de cuerpos diferentes, incluso combatieron en frentes diferentes. La Escuadrilla era una unidad aérea integrada en la Luftwaffe, sin ninguna relación con la División Azul.

—Aun así, los españoles combatientes bajo bandera alemana fueron declarados fuera de la ley en junio.

—El teniente no combatía, desde el repliegue español ha servido en la legación, sin relación con el ejército alemán. Pero ahora precisa atención médica urgente, por lo que será repatriado. Y, a fin de cuentas, estamos hablando de un héroe condecorado; ¿es que le van a negar un recibimiento como se merece?

—Como usted diga; pero, ¿no vamos a recibir una consigna? —se extrañó Getino, pues era costumbre que las instrucciones llegaran a los medios de comunicación en forma de consignas, unas circulares en las que la autoridad detallaba la información que debía difundirse, de qué modo e incluso la valoración y el estado de ánimo que debía transmitir la noticia.

—Mire, joven, si le envió la consigna desde Berlín va a llegar mucho más tarde que el piloto. Pero si tiene dudas, puedo hacer que le telefonee el gobernador civil, o el propio ministro, como prefiera.

—No será necesario —recló Getino, al que la mención de la autoridad parecía escocer—; enseguida informaré a mi superiores de las novedades. ¿Para localizarle, señor *Alemán*?

—Legación Española en Berlín, el número de teléfono es el 4008. Pregunte por Jacinto Alemany; *a-le-mañ*, con eñe. ¿Entendido?

—A sus órdenes, señor.

Mientras Manuel Llamazares deliraba atado a la litera de un avión, en la redacción de Radio León EAJ-63, a tres mil kilómetros del aeródromo de Werneuchen, Toñín Getino esperaba a que la secretaria le ordenase pasar, y se entretenía atusándose el mostacho

ayudado por el reflejo de la ventana. Lucía un bigotillo a la moda, recortado por arriba, hasta convertirse apenas en una línea que enmarcaba los labios. Entró en el despacho del director con paso firme, casi marcial.

—Señor director, hemos recibido una llamada del Delegado Nacional de Falange en Alemania.

—No estoy para nadie, Toñín, y menos para perder el tiempo con nimiedades —le cortó el director. Era la víspera del aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, que se había convertido en una efeméride oficial, de celebración obligatoria. Incluso le habían dado un nombre más que elocuente: el «Día del Dolor», en el que también se recordaba a los camaradas caídos. La actividad en la redacción era frenética—; por favor, abrevia.

—Al parecer está de camino un héroe de la campaña de Rusia, y nos pedía que diéramos a la noticia la máxima difusión —informó Getino, con tono diligente. A Cármenes le costaba mucho disimular su antipatía por aquel jovenzuelo, tan escaso de talento como de luces, que le habían impuesto desde la Delegación Provincial. Se rumoreaba que era hijo de alguien importante, y la mejor prueba de ello había sido su inscripción en el Registro de Periodistas sin necesidad de examen alguno. Cármenes se frotó los ojos durante unos instantes, tomándose su tiempo para valorar aquella información.

—¿Es que nadie lee las consignas del Ministerio? ¡España no está en guerra! O sea, que no hay héroes ni de Rusia ni de Sebastopol —gritó el director, mientras exhibía unos folios con el membrete de Instrucción Pública—; lo dice bien claro: «Se evitará todo tipo de información que pudiera interpretarse como propaganda del bando germano». Todo esto es muy extraño; ¿quién has dicho que era el tipo ese que telefonó?

—Bueno, dijo llamarse «Aleman», señor director —respondió Getino.

—¿Alemani? —preguntó Cármenes con la frente perlada de sudor.

—Jacinto Alemán, o Alemañe, algo raro. Con eñe, creo.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Cármenes. Llevaba años evitando recordar aquella noche en el cuartel de Valladolid; el interrogador vestía el uniforme negro de Falange, y encima el correaje y una insignia con el yugo y las flechas en el pecho. Le hizo varias preguntas acerca de los disturbios del 19 de julio en León; al parecer, aprovechando el revuelo formado con la llegada de las columnas mineras, un grupo de sindicalistas había secuestrado al dueño de la Imprenta Muñiz, donde Cármenes trabajaba como cajista. El joven explicó que había acudido a Valladolid a recoger una partida de papel, y que cuando quiso embarcar las resmas en un camión se encontró con que el ejército había requisado todos los vehículos de la ciudad. Todavía tenía el albarán del proveedor; lo sacó de un bolsillo y se lo entregó al agente. Enseguida se arrepintió: recordó que, junto a la factura, sujeto con una goma, había escondido el carné de la Confederación.

El falangista escrutó los papeles durante unos interminables minutos. Luego miró fugazmente al sospechoso que, pese al lamentable aspecto que presentaba, apenas tendría dieciocho años, y ordenó traer vino y un emparedado.

—Está usted en edad militar, Cármenes. Preséntese con esta cédula en la comandancia de Falange. Necesitan un tipógrafo para imprimir el boletín del partido.

Cármenes respiró aliviado, por primera vez en tres días. Luego revisó los papeles que le entregó el interrogador; un volante con la firma «J. Alemany» y los documentos de la imprenta, pero ni rastro del carné. El falangista, a modo de despedida, se permitió darle un consejo:

—Es mejor que no vuelva a León en una temporada: al parecer los rojos antes de huir hicieron una escabechina. Entre otras cosas, quemaron los archivos sindicales.

Todo esto recordó Víctor Cármenes, mientras el meritorio Gertino se entretenía jugando con su pitillera de oro, ordenando una y otra vez los cigarrillos *Lucky* que acababa de recibir de contrabando. De pronto, cambió su gesto; se puso en pie de un salto y con paso decidido se encaminó hacia el cuarto sin ventanas que utilizaban de archivo.

No fue preciso revolver demasiado; el director tenía buena memoria, especialmente para las circulares del Ministerio. Enseguida encontró la consigna, que a pesar de prohibir los boletines informativos, permitía las noticias locales. Y el regreso de un héroe leonés era, a todas luces, una noticia local.

Unos minutos más tarde sonaba el teléfono de Jacinto Alemany en la Legación Española de Berlín. Era Cármenes, el director de Radio León. Quería todos los detalles acerca del héroe que estaba a punto de llegar a la ciudad.

—Señor director, un último favor —expuso Alemany, que no había reconocido a su interlocutor—: ¿sería posible que por su conducta se informase al Gobierno Civil? Las secretarías de la legación llevan todo el día tratando de localizar al gobernador, pero no hay forma de dar con él.

—Déjelo todo en mis manos, señor *Alemaní*; precisamente dentro de unos minutos voy a reunirme con él —se despidió Cármenes, aliviado por no haber sido reconocido.

«España es un cuartel», se dijo Alemany para sus adentros. Luego recordó a un viejo amigo con el que compartía, entre otras cosas, nombre de pila, un bilbaíno risueño y fondón, que escribía cuentos de humor, y dijo en voz alta:

—¡Qué país, Miquelarena!

III

UN RECIBIMIENTO DIGNO DE UN HÉROE

VÍCTOR CÁRMENES ENCONTRÓ AL GOBERNADOR, Carlos Arias, en el Hotel Oriden. Aquella tarde se había celebrado una corrida de toros, en beneficio de los huérfanos de guerra, que también había servido de reclamo para atraer a la mayor cantidad posible de gente a la manifestación del día siguiente, 20 de noviembre. Como presidente del festejo había actuado su antecesor en el cargo, Carlos Pinilla, que ahora ocupaba en Madrid un alto cargo, la Dirección General de Administraciones Públicas. En el reservado que esa noche ocupaban el gobernador y sus invitados se decidía buena parte del futuro de la provincia.

—Periodista, llegas justo a tiempo: te hemos reservado el manjar más exquisito —saludó el gobernador—. ¡Mozo! Un plato de criadillas para el señor.

—Acabo de cenar, muchas gracias —se disculpó Cármenes, que en realidad llevaba en ayunas desde el almuerzo, pero al que la sola mención de aquel guiso era capaz de volverle de color azul—; pero de buen grado les aceptaría un café.

—¡Café! —gritó entonces el gobernador.

—¡Café! —exclamó a su vez Pinilla.

Ambos profirieron sonoras carcajadas, a las que se fueron uniendo, con fingido entusiasmo, las del resto de invitados. Reía en falsete el alcalde Amilivia, con el pelo lleno de fijador, que estaba allí para negociar la construcción de una nueva plaza de toros. Reía risueño el presidente de la Cultural, el equipo de fútbol de la ciudad, al que Pinilla donara un millón de pesetas para el nuevo estadio, y que ahora pedía una nueva subvención para rematar las obras. Reía con estruendo el cronista oficial de la ciudad, Benito Cascallana, más conocido como *Mocasines*, que guardaba en la cartera el manuscrito de un libro de versos y que aspiraba a un puesto de asistente en Madrid, quizás a las órdenes de Pinilla. Reía con ganas el industrial Arsenio Cantalapiedra, que acababa de firmar un convenio en exclusiva con varios de los presentes para aprovisionarles de carbón de sus minas del Bierzo, aunque aún no las había comprado. Pero sobre todo reía el teniente coronel Fierro, que no podía disimular su satisfacción al ver tan felices a los ciudadanos de la nueva España.

Pinilla y Arias miraban con desdén a aquel coro de aduladores; sólo ellos veían la gracia a aquel pueril «café», adoptado como santo y seña en tiempos de la República, cuando en las refriegas callejeras lo utilizaban los pistoleros para identificarse entre ellos. Con ese CAFE gritaban, en realidad, «Camaradas, Arriba Falange Española».

Víctor Cármenes no se encontraba demasiado cómodo en aquella compañía, y daba vueltas y más vueltas a su café, hastiado ante el espectáculo de servilismo de las fuerzas vivas. Echó en falta al obispo bendiciendo con su hisopo *los alimentos que iban a comer*, pero en aquellos tiempos de nacional-catolicismo Iglesia y Falange aún pugnaban por acaparar más parcelas de poder, sin apenas darse cuenta de que era el Ejército, y en especial su cabeza, quien detentaba el mando absoluto.

—¿Y qué le trae por aquí, periodista? Porque esta tarde no le he visto en la plaza —se interesó finalmente el gobernador.

—Una noticia de Berlín... Y con galones de teniente de la Luftwaffe. Mañana llegará al aeropuerto de la Virgen del Camino un héroe de la Campaña de Rusia, y tengo órdenes de arriba de organizarle un buen recibimiento.

—Dios mío, ¿otro irreductible? ¡Van a acabar con nosotros! —se quejó amargamente Arias, y se volvió hacia Pinilla, ignorando al periodista—. Nunca faltan recalcitrantes para recordar los errores del pasado. Cada vez que el *Pravda* publica que un español se ha alistado en las SS, los americanos nos suspenden los bonos de combustibles, y nos pasamos un mes sin gasolina ni para mecheros.

—Al parecer ya no era combatiente, sino un antiguo piloto agregado a la embajada, un tal Llamazares —precisó Cármenes, que no se daba por vencido.

—¿Llamazares? —saltó, como activado por un resorte, el antiguo gobernador Pinilla, que llevaba un rato apretando los dientes, mientras se guardaba su opinión sobre los *errores del pasado*—; ¿Manuel Llamazares? ¡No puedo creerlo!

—¿De qué hablas, Carlos? ¿Es que le conoces? —quiso saber Arias.

—¡Por supuesto, y tú también! Su fotografía apareció en todos los periódicos del mundo —aclaró. Pinilla había servido como voluntario en la División Azul, abandonando su cargo de gobernador civil para combatir como soldado raso sobre la nieve de Rusia; había visto morir a tantos camaradas que toleraba muy mal cualquier comentario poco afortunado sobre el tema—. Sería noviembre, o tal vez octubre del 41. Los divisionarios acabábamos de entrar en combate; llegaron las primeras bajas, las primeras victorias, y los alemanes decidieron publicar un reportaje sobre los voluntarios extranjeros en el frente. Y para la portada eligieron a aquel chico y lo vistieron de piloto. ¿No lo recuerdas? ¡Si parecía una estrella de cine! Decían que era «la cara de la División Azul», aunque los guripas le llamábamos «*el cara* de la División Azul», porque nadie le había visto

en las trincheras; pensábamos que estaba de permiso permanente, dejándose hacer fotos en los estudios de Berlín.

—Entonces, ¿qué era? ¿Un actor? ¿Un maniquí?

—Qué va, qué va: un voluntario, como el resto. Lo que ocurría es que los aviadores combatían en otro frente, pero a la tropa no nos informaban de nada. Más tarde nos enteramos de que «el cara» era un soldado de la Escuadrilla Azul, al parecer un escribiente o un furrier, que en la Batalla de Klin salvó a todo el escalón de tierra de una ofensiva soviética. Fue el ascenso más meteórico del que tenga noticia: de soldado raso a teniente. No tiene pecho bastante para las medallas que ha ganado.

A Víctor Cármenes le quitaron inmediatamente el asunto de las manos: Pinilla hizo llamar a su asistente, y anunció que quedaba a su cargo todo lo relativo al recibimiento del héroe. El periodista se sintió aliviado.

La mañana del 20 de noviembre fue muy ajetreada para Carlos Pinilla; reunido con el gobernador y sus asistentes, también fueron llamados Víctor Cármenes y Toñín Getino; la misión era adecuar convenientemente el calendario del día, pues la bienvenida al joven piloto sería el acto principal. La primera medida fue organizar un comité de recepción para el héroe de Klin. Entre los actos del «Día del Dolor» habría que incluir la bienvenida al piloto. Estuvo de acuerdo con Arias en impedir que los militares capitalizaran el homenaje; a fin de cuentas, la aventura divisionaria nunca debía de haberse dejado escapar de las manos falangistas, pues en tal caso «otro gallo le hubiese cantado a Stalin». Acordaron que Llamazares sería recogido inmediatamente por un reducido grupo de autoridades en el propio aeropuerto, y trasladado a la ciudad. Los actos se desarrollarían en la sede del Gobierno Civil: se concentraría a las bases en la plaza de Calvo Sotelo, y los discursos se dirigirían desde el balcón del gobernador.

Para recibir al piloto en el aeropuerto se escogió al presidente de la Diputación Provincial, ya que la institución contaba con un es-

pléndido Mercedes-Benz descapotable, idóneo para cruzar el centro de la ciudad. El presidente de la Diputación, Manuel Marqués, no opuso el menor impedimento; aunque la cercanía del invierno no parecía aconsejar un paseo en coche descubierto, le pareció mucho más sensato acatar la disciplina de rigor. A lo largo del recorrido se situaría a los flechas y arqueros de la Organización Juvenil, que desde las aceras lanzarían vítores al paso del convoy. Si fuera necesario, se situaría también a las chicas de la Sección Femenina y a los muchachos del SEU, o incluso se movilizaría a los alumnos de los colegios vecinos, siguiendo la rutina habitual para las visitas oficiales. Luego, todos acudirían a la plaza de Calvo Sotelo, donde se unirían a los falangistas, los miembros del Sindicato Vertical, los soldados del cuartel de Almansa, los voluntarios de Acción Católica y el resto de simpatizantes a los que se *invitaría* a congregarse en la zona, con la presencia de las *fuerzas vivas* de la ciudad.

Buscando un mayor dramatismo a la escenificación del retorno del guerrero, uno de los asistentes propuso localizar a la madre del piloto.

—Con todos los respetos, señores, pero ¿qué pinta una madre en todo esto? —planteó Toñín Getino.

—¿De dónde has sacado a este botarate, Carlos? —se extrañó Pinilla—. Vamos a ver, mozalbete: ¿acaso hay algo más sagrado que una madre? Pero si ante el propio Jesucristo sólo intercede su Madre, ¿a quién va a añorar un héroe si no es a su madre? ¿O es que nunca has visto el brazo de un legionario? Pues ahí está la respuesta: *amor de madre*. Dios mío, ¿pero es que ganamos una cruzada para esto?

Nadie se atrevió a replicar, ante muestra tan aplastante de lógica nacional-catolicista. Cármenes se dijo para sus adentros que hubiera sido mucho más elegante recordar a Coriolano, aquel general romano que se pasó al enemigo, y que al frente de sus huestes fuera detenido por su propia madre, a las mismas puertas de la República. Pero el periodista se guardó muy bien de expresar su opinión en voz alta:

por comentarios mucho más inocentes había más de un reportero picando piedra en el Valle de los Caídos.

A última hora se decidió localizar a la madre del piloto. No era una tarea difícil, ya que los servicios de seguridad tenían un ingente fichero en el que estaban registrados todos los ciudadanos. Pronto descubrieron que el héroe de Klin era huérfano de madre.

—Eduviges Robles, maestra nacional de instrucción pública. Fallecida en 1929 a resultas del mal de moda —recitó un ujier, portador de la mala noticia.

En los archivos constaban como únicos familiares vivos su padre y su hermano. El padre, Pantaleón Llamazares, era alguacil de un pequeño ayuntamiento. Su hermano Graciano servía como guardia civil en Cacabelos, en El Bierzo. Se resolvió avisar a ambos aunque, para mayor seguridad, se radiaría la noticia por la EAJ-63 cada media hora. Todo quedaba, pues, dispuesto.